

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 3 Diciembre de 1892

Núm. 27

Haciendo el tema

Dibujo de Carlos Fröschel



SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — El ángel bueno y el ángel malo, por C. SUÁREZ BRAVO. — Epístola (poesía), por FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA. — Tapujo, Estropajo y Donald, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSEF JACOBS, por JOSÉ COROLEU. — Nuestros grabados. — La ópera, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo). — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Advertencias.

Grabados. — Haciendo el tema, dibujo de CARLOS FRÖSCHEL. — MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA. — Corbeta *Nautilus*, escuela de guardias marinas. — Tomando el fresco en verano, cuadro de L. C. NICHINGALE.

Crónica

EL sentimiento monárquico, que tan encarnado se halla en el corazón del pueblo español, y del que es reflejo su literatura en todos los tiempos y sobre todo su portentoso teatro, se ha mostrado otra vez potente con ocasión de la estancia en Madrid de los Reyes de Portugal, don Carlos y doña Amelia. Las predicaciones de los contrarios del Trono no han logrado apagar el fuego que arde en el pecho de los naturales de España y que se traduce en amor á sus Reyes, siempre que se presentan ocasiones propicias para demostrarlo. El Rey y la Reina Regente, que tanto entusiasmo despertaron en Sevilla, han sido en los últimos días, en la Corte, objeto de repetidas manifestaciones de cariño, de esas manifestaciones que arrancan de lo más profundo del corazón, de la parte más noble del ser humano. De ellas participaron los monarcas portugueses, que conservarán agradable recuerdo de su visita á la corte de las Españas. Y como el buen ejemplo se propaga también, los súbditos de aquellos Reyes quisieron probarles que no cedían en sentimientos monárquicos á los españoles y aprovecharon la coyuntura del regreso á la bella ciudad de Lisboa de SS. MM. FF. el Rey don Carlos y la Reina doña Amelia para hacerles una recepción calurosa, que no dejará de influir en la marcha feliz de un Estado que hace tiempo lucha por arreglar su administración y restaurar su abatida hacienda. La visita de los Reyes de Portugal, acompañados de varios ministros de su Consejo, se ha aprovechado para acordar las bases de un convenio comercial entre las dos naciones de la Península. Provechoso puede ser este acuerdo para los dos países, ya que, según parece, se sentaría en él que las mercancías españolas puedan atravesar el reino vecino para su embarque, como de tránsito y sin pago de derecho alguno, y que otro tanto se haga con las mercancías portuguesas que se envíen á Francia.

* * *

Asuntos batallones son desde algún tiempo, y lo han sido más recientemente, los relativos á las administraciones municipales de Madrid y Barcelona. En la capital del Reino dejó la alcaldía el señor Bosch y Fusteguerras y le reemplazó el marqués de Cubas, arquitecto de tan privilegiado ingenio en su arte como administrador inteligente y honradísimo. Aquí cesó el alcalde señor Porcar y Tió y le reemplazó el señor Martí y Gofau, que hasta ahora había desempeñado la primera tenencia. En ambos Ayuntamientos se están verificando inspecciones gubernativas. En los dos finca el mal mayor en el desbarajuste financiero. Aparte de lo censurable que pueden arrojar determinados expedientes, cuyo fondo verdadero será

dificilísimo depurar, en Madrid como en Barcelona los presupuestos han sido una pamplina y la gestión económica del Municipio ha marchado como nave sin timón, en medio de encontrados vientos. De ahí las anomalías que en uno y otro aparecen en todo cuanto se refiere á la parte económica, y de ahí también que se encuentre ésta en situación deplorable, y por los suelos el crédito de las Corporaciones, siendo así que ninguna de ellas tiene una Deuda que deba abrumar á las respectivas ciudades y que éstas cuentan con elementos de vitalidad para llegar á la nivelación cabal de sus presupuestos. En Madrid y en Barcelona se requiere un hombre de voluntad energética, que no se deje vencer por amigos ni por camarillas, ni por miserias políticas, y que sea, aunque en parte mínima, de la pasta de los Bravo Murillo, de los Mon, de los hacendistas, en una palabra, que fundaron y reorganizaron la Hacienda de España.

* * *

El efecto de la explosión ocurrida en la calle de los *Bons Enfants* de París ha aparecido en el proyecto de ley presentado por el Ministerio para restringir la libertad de la prensa. Lo que hoy impera no es libertad sino licencia, y por lo tanto la represión es lógica y resultado preciso del deber que tiene la sociedad de defenderse cuando se la amenaza y se la ataca, como la amenazan y la atacan los socialistas y anarquistas. El Ministerio francés se habrá convencido, siquiera en parte, de que el castigo de los criminales, si se logra descubrirlos, no sería bastante para contener la propaganda y la acción demoleedoras de los que comparten sus ideas. Si se permite á los radicales de todos los matices predicar conceptos disolventes é infiltrarlos en el ánimo del pueblo, todos los castigos resultarán ineficaces ó no producirán por lo menos el efecto bienhechor que se desea conseguir para el orden social. Suprimáanse las lecturas socialistas y anarquistas; extiéndase la enseñanza religiosa cristiana en todas las clases, y desaparecerán muy pronto los espantables peligros que en el día tienen asustada á la vieja Europa.

* * *

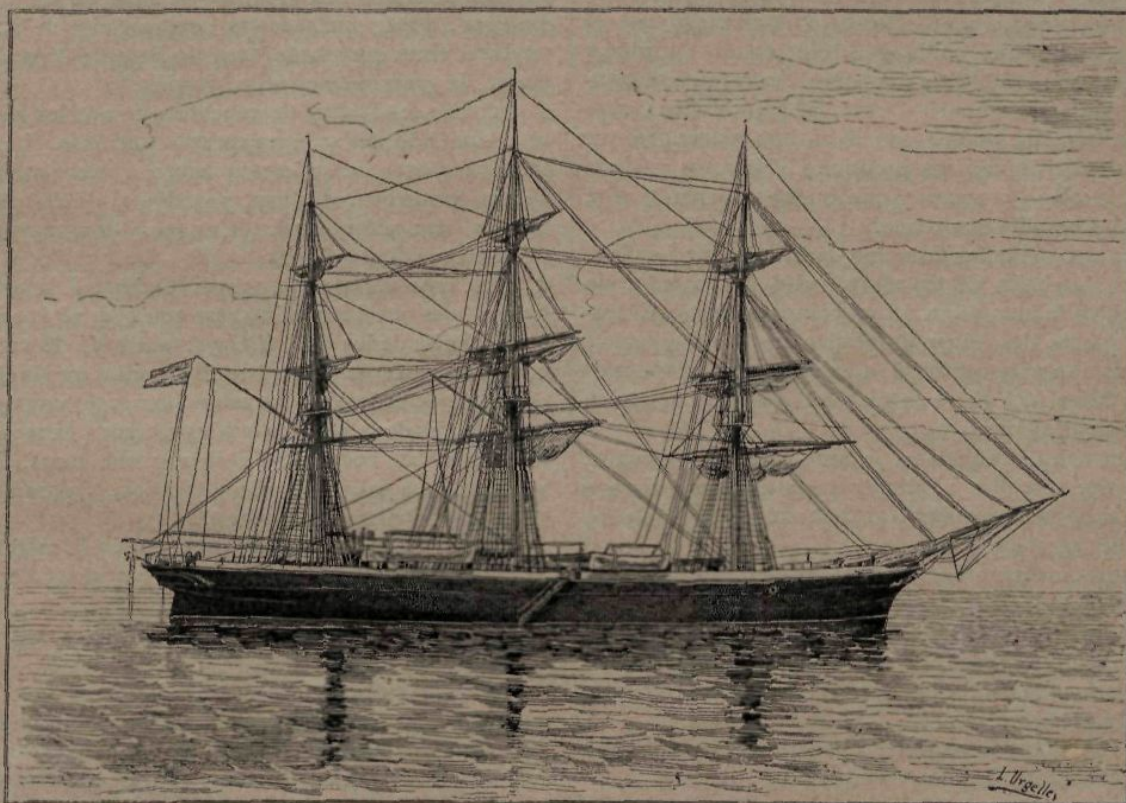
Porque no es sólo en Francia donde hacen camino las ideas antisociales, sino que, conforme lo hemos dicho en otras ocasiones, también empieza á conmoverse á su estrépito la fortísima Inglaterra. Se ha permitido, y se consiente ahora más que nunca por el gabinete liberal de Mr. Gladstone, que se celebren *meetings* en los que se reúnen por millares las gentes del pueblo, y que allí los agitadores les prediquen el comunismo y lo que se llama la revolución social, y no se quiere que las masas, seducidas por promesas que suenan halagüeñas para sus oídos, aunque sean engañosas y falsas, acaben por sacar en la práctica las consecuencias de lo que se les predica en teoría? Véase lo que ha dicho Mr. Quelch en el último *meeting* de *Trafalgar Square*, y dígasenos si han de consentirse tamaños desafueros en una nación bien gobernada. Aquel orador proclamó el derecho de los trabajadores á apoderarse de las propiedades y de todos los bienes de los ricos y acomodados, y si bien dijo que esto debía llevarse á cabo constitucionalmente, la afirmación en pie quedó, y es lógico que cuantos la acepten por buena la realicen, si á esto alcanzan, por la violencia, ya que por otra senda no podrían nunca obtenerla. Cuarenta mil oyentes escucharon estos discursos, que dejarían de seguro, si no en todos, en la gran mayoría, una levadura cuyos desastrosos efectos se tocarán á no

tardar, si no se promueve en Inglaterra una reacción poderosa contra tales desahogos, á pesar del carácter distinto que tienen los naturales de aquel país y de su buen seso y buen sentido, comparados con los de otros Estados europeos.

* * *

El ansia por los grandes negocios, y en el fondo el afán de colosales fortunas, va á ser causa de que hayan de comparecer ante los tribunales franceses, bajo el peso de acusaciones criminales, dos hombres que se habían hecho populares en aquella nación. Es uno de ellos M. Fernando de Lesseps, quien, no contento con la

gloria y con el provecho que le trajo la felicísima empresa de la apertura del canal de Suez, que cambió la faz del comercio en el mundo, quiso cortar otro istmo, el de Panamá, realizando una obra gigantesca, muy ardua y de extraordinario coste. El canal de Panamá fué acogido en los comienzos con calor en el mundo de los negocios, y sus acciones y cédulas de fundador realizaron primas magníficas; mas pronto vino la desilusión, parte por los obstáculos que ofrecía la magnitud del intento, parte por desaciertos y por vicios en la dirección y administración de las obras. Para responder de ellas habrán de comparecer M. de Lesseps y sus colegas ante los tribunales de París. Lo propio habrá de hacer M. Eiffel, por la misma



MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.—CORBETA «NAUTILUS,»

ESCUELA DE GUARDIAS MARINAS

empresa de Panamá y por idénticas causas. Es M. Eiffel el afamado ingeniero que convirtió en europeo su nombre con la construcción en el Campo de Marte, en los terrenos de la Exposición Universal de París de 1889, de la llamada *Torre Eiffel*, colosal construcción de hierro, como no ignoran nuestros lectores, con la que no se resolvió ningún problema estático ni de otro orden en la ciencia, pero que por su altura y por su masa se impuso á las multitudes. También la *Torre Eiffel* ha sido uno de esos negocios que se abren brillantemente y acaban en punta. Durante la Exposición procuró á la Sociedad constructora pingües ingresos, pero al cerrarse el certamen se acabaron los ingresos, y hoy la Torre se va convirtiendo en una especulación ruinosa, si ya no lo es por completo. Así acaban las fantasías y las grandezas de los hombres, por grande que fuere el ingenio de éstos, cuando no se asientan en la base firme de la experiencia.

* * *

Hermoso viaje va á realizar el barco escuela de guardias marinas, la corbeta *Nautilus* de nuestra Real marina. Saldrá del Ferrol, tocará en las Palmas de la Gran Canaria, refrescará los víveres en Bahía, de donde irá al Cabo de Buena Esperanza y luego se encaminará al sudoeste de la Australia, tocando en Melbourne, en donde no se ha visto desde muchos años ningún barco de la marina de guerra de España. De Melbourne irá la *Nautilus* á Sidney, atravesará el Pacífico hasta California, recalará en el Callao y en Valparaíso, y remontando el Cabo de Hornos entrará en el Océano Atlántico hasta llegar á la isla de Santa Elena, la tumba de Napoleón I. Del hemisferio sur pasará al del norte fondeando en Nueva York y de allí marchará á Plymouth, Falmouth, el Havre y Cherburgo, rindiendo viaje en el Ferrol ó en San Sebastián.

B.

El ángel bueno y el ángel malo

I

JUAN es un trabajador inteligente y robusto. Ama á su mujer, joven como él, y á sus dos pequeñuelos. Cuando vuelve del taller, éstos le esperan invariablemente á la puerta de su pobre pero limpia vivienda. Juan les coge en brazos, les acaricia y se presenta con esta hermosa carga delante de su mujer, que le sale al encuentro sonriendo.

En su casa no falta nunca lo indispensable, que rara vez deja de proporcionar el trabajo combinado con la economía, y su mujer cuida que reine en ella el orden y la limpieza, que son el lujo del pobre. Su comida se compone de manjares ordinarios, pero, acostumbrado á ellos desde la niñez, los saborea con el mismo placer con que saborea el gastrónomo los productos más raros y succulentos. El trabajo corporal y una buena conciencia son, además, dos grandes aperitivos.

Al retirarse del taller á su casa, Juan ve pasar á su lado los lujosos carruajes de los afortunados del mundo, sin que le ocurra la idea de entrar en comparaciones. El trabajo y los goces del hogar doméstico no dejan espacio á su imaginación para retraerse sobre sí mismo. Después de las rudas fatigas del día se entrega con delicia al descanso, iluminado por el amor.

No atormentan á Juan ni la ambición, ni la envidia, ni el hastío, terribles verdugos de la riqueza ociosa y disipada, y hasta cierto punto es dichoso, porque no tiene tiempo para ser desgraciado.

Su padre, artesano como él, le enseñó que esta vida pasajera está llena de espinas, y que en la eterna que viene después obtienen los buenos lotes los que llegan con los pies más ensangrentados.

Su instrucción se reduce á saber leer y escribir, y su ciencia al Catecismo.

¿Qué más necesita para ser buen padre, buen ciudadano y trabajador laborioso y honrado?

El domingo, después de cumplir con el precepto religioso, sale la familia vestida de fiesta á disfrutar los placeres del descanso al aire libre. María lleva preparado y aderezado el festín campestre. Los niños brincan y saltan; Juan hace lo mismo que ellos, gozando de su alegría. La joven esposa contempla con amorosa satisfacción aquel cuadro, cuya memoria embellece todas sus fatigas de la semana. ¡Día hermoso que hace llevadera y dulce la existencia casi mecánica de la familia del bracerol! ¡Rayo de luz que alegra la larga semana del trabajador!

Preguntadle á Juan si es feliz y probablemente os mirará con asombro. Como no lee novelas, ignora que hay una literatura empeñada en convertir este valle de lágrimas en edén de placeres, y una economía política que para mejorar la condición del artesano empieza por quitarle sus días de fiesta y de reposo. Pero preguntadle, en cambio, si es desgraciado, y os contestará resueltamente que no. En efecto, Juan ama á Dios, ama á su esposa, ama á sus hijos, y el amor es el contrapeso de todas las miserias de la vida.

II

Pero María empieza á inquietarse, porque empiezan también á alterarse los hábitos y costumbres de su marido.

Juan se detiene á veces horas enteras en el camino del taller á su casa, que antes recorría en línea recta y sin pararse. Sus hijos, cansados de esperarle muchos días en el umbral de la puerta, pierden ya la dulce costumbre de entrar colgados de sus hombros en el hogar en que María prepara los sencillos agapes de la familia. El rostro abierto y tranquilo de Juan se muestra á veces contraído y duro. Ya en varias ocasiones ha dirigido á su esposa palabras acerbas y ha rechazado bruscamente las inocentes caricias de sus niños. Ya no juega con ellos en torno del hogar, ni les ayuda á balbucear las oraciones nocturnas, ni les cuenta historias de hadas y encantamientos para dormirlos. Mientras María, con el corazón oprimido, desempeña sola estos dulces deberes, él se absorbe en la sombría lectura de papeles impresos que trae, no se sabe de dónde. Juan empieza á pasar parte de las noches fuera de su casa y vuelve á veces muy tarde, cargado siempre de mal humor y aun, de cuando en cuando, de vino.

Pero no se pierden de repente y de raíz los hábitos de una vida honrada y de un corazón cariñoso. Las suaves reconvencciones de su esposa hacen á veces mella en el ánimo conturbado de Juan, y vuelve al dulce redil de la familia para volver á caer de nuevo y con mayor intensidad en sus distracciones.

Una cosa alarma muy especialmente á la atribulada esposa, y es que Juan ya no reza con ella, ni la acompaña á oír la misa de los días festivos: además, de cuando en cuando, se escapan de su boca blasfemias que la llenan de espanto y de aflicción. Aquellos domingos consagrados á las dulzuras de la religión y á las risueñas expansiones de la familia van haciéndose cada vez más raros. María se ve obligada á salir sola con sus hijos, y para alegrarlos tiene que devorar sus lágrimas.

La desolada joven quiere saber quién le robó la felicidad, robando la fe al corazón de su marido y con ella el amor. No tardó en averiguarlo.

III

Desde la época en que empezó á notarse aquel cambio extraño en las costumbres y en la manera de ser de Juan, tiene éste por compañero de taller á un artesano que no se parece á los de su clase. Es un joven cetrino, de barba larga y de ojos que brillan con el fuego oculto de todas las concupiscencias. Lleva pantalón abundante, levita corta y sin talle, y sombrero de alas anchas de forma extranjeriza. Es un obrero político que ha pasado algún tiempo en la emigración y que ha vuelto á su patria convertido en agente ciego y misterioso de un poder oculto. Ha traído un repertorio de frases impías contra Dios y la Iglesia, que han desconcertado la fe sencilla de Juan. Una vez despojada el alma del artesano de este preservativo, no era ya difícil que penetrase en ella el venenoso y mortífero aguijón de la envidia. Las sugerencias de la serpiente le han encendido en deseos de morder el fruto prohibido. Por primera vez ha hecho comparaciones y ha tenido lástima de sí mismo, escandalizándose de su propia tranquilidad.

Su Mefistófeles le ha conducido á misteriosos antros, en donde otros muchos artesanos como él trocaron la fe de sus padres por esperanzas irrealizables de soñadas riquezas y goces. Al ver limitado su horizonte á esta vida terrena, Juan sintió que le faltaba el punto de apoyo y se encontró lanzado en los negros abismos del odio.

El instinto de María adivinó este drama secreto y terrible, en cuyo desenlace veía la muerte de todas sus esperanzas. Su marido odiaba. El espectáculo de la riqueza iluminaba sus ojos con rápidos destellos de ira y de con-

cupiscencia. De sus labios brotaban, como brota el humo de un volcán, frases amargas y amenazadoras.

Juan era desgraciado, profundamente desgraciado. Estaba descontento de los demás y aún más descontento de sí mismo. Había momentos en que penetraba en su corazón, fría como la hoja de un puñal, la sospecha de que iba á dejar de amar á sus hijos y á su esposa, y se irritaba al verlos, porque su presencia le parecía una acusación y un remordimiento.

IV

Su vida se fué haciendo de día en día más irregular: trasnochaba mucho y las horas que consagraba al descanso descansaba mal. Al paso que sus ideas se pervertían, su corazón, ingénitamente bondadoso, estaba oprimido y acongojado. Su existencia desordenada no encontraba en sus nuevas doctrinas suficiente absolución.

María oraba sin descanso á fin de recobrar al esposo que había perdido. Dios escuchó sus palabras y puso término á su tribulación. He aquí de qué modo.

El desequilibrio moral y físico en que vivía alteró al fin la salud de Juan. Un catarro pertinaz, exacerbado por los desarreglos de su vida, le postraron en cama.

Los escasos ahorros, laboriosamente amasados en sus buenos días, se habían consumido durante el período borrascoso que acabó con la paz de su hogar. Sin recursos para subvenir á los gastos de su enfermedad y á las necesidades de la familia, desprovisto de la suprema esperanza de la religión, que hace llevadera la cruz del dolor y de las privaciones, Juan estuvo á punto de abandonarse á la desesperación.

Pero allí estaba María, la dulce compañera de su vida. El trabajo y la caridad proporcionaron á la amante esposa lo necesario para aliviar el cuerpo y sostener el alma más enferma todavía de su marido. María, en medio de su inquietud y de su dolor, casi bendecía la triste contingencia que había puesto á Juan bajo su yugo suave y amoroso, arrebatándole al influjo del ángel malo del taller.

La fe de Juan había experimentado un profundo sacudimiento; pero su mujer no perdió la esperanza, porque el amor que Dios bendice no se desalienta nunca.

A fuerza de cuidados Juan pudo levantarse del lecho; pero los médicos opinaron que para completar la curación de sus pulmones, gravemente resentidos, necesitaba tomar las aguas de Panticosa. Escuchó el enfermo con triste y amarga sonrisa la costosa prescripción; pero la animosa María no se lo hizo decir dos veces, y tanto y tan activamente trabajó con amigos, parientes y personas caritativas, que reunió al fin la suma indispensable para aquella expedición, que emprendió valerosamente con su marido, después de dejar sus dos tiernos niños al cuidado de una hermana.

Llegaron los dos esposos á Panticosa á mediados de Julio. Sus exiguos recursos les obligaron á refugiarse en una casa destinada para los enfermos pobres. Desde los primeros días se sintió Juan notablemente aliviado con el tratamiento de aquellas aguas, pero su llaga moral se encontró con el contacto inmediato de las personas ricas, cuya existencia, relativamente cómoda en aquellos parajes, contrastaba con las privaciones y asperezas á las cuales él y su esposa se veían reducidos. Sentíase Juan profundamente humillado de vivir de la caridad, y de cuando en cuando prorrumpía en hondas imprecaciones que llenaban de inquietud el corazón de su mujer.

V

Vivía con ellos en el mismo hospital de pobres un joven capuchino que residía en un convento situado en la frontera francesa. Era español, tendría como unos treinta y dos á treinta y cuatro años, y bastaba fijarse una sola vez en su tez transparente, en su nariz afilada, en el brillo de sus ojos, y sobre todo en el sonido de su voz, para comprender que se hallaba seriamente atacado de la terrible enfermedad para la cual no encuentran los médicos otro remedio en última instancia que el problemático de aquellas aguas.

Desde que le vió, María sintió por él cariño y veneración. Enterado por ella el capuchino de la enfermedad moral del artesano, procuró con inteligente caridad ganar su confianza á fin de ir poco á poco restaurando la fe en su corazón; pero en cuanto tocaba esta fibra dolorosa, la fisonomía de Juan se alteraba y prorrumpía en palabras irritadas que no estaban en armonía con la templanza y bondad de su corazón.

Afligiase María; pero no así el capuchino, que comprendía por estas señales que en el alma del joven batallaban todavía, y por lo tanto vivían, los buenos instintos.

Una tarde que paseaban juntos los tres por el camino de Jaca, vieron acercarse á la cuenca en donde brotan los salutíferos manantiales una lujosa silla de posta. Venía en ella casi tendido un hombre como de cuarenta años y en el testero un joven que podría contar de diez y ocho á veinte. En el pescante, al lado del cochero, venían dos hombres que parecían criados.

Al pasar por delante del capuchino, el viajero tendido se incorporó como movido por resorte y ordenó con voz imperiosa al cochero que parase.

Sus ojos se fijaron en el capuchino con sorpresa: éste á su vez contempló al desconocido, en cuyo rostro eran visibles las terribles y profundas huellas de la tisis, con dolorosa compasión mezclada de cariño.

—¿Tú aquí, Gabriel? dijo el viajero.

—Como tú, Antonio, respondió el capuchino con dulzura.

—Sí, los dos llegamos arrastrando la cadena hereditaria. Pero no esperaba verte en estos sitios.

—Mis superiores me han obligado á venir. ¿Cómo te encuentras, Antonio?

Un acceso de tos cavernosa y convulsiva, que dejó al del coche lívido como un cadáver, respondió con elocuencia á esta pregunta.

—Ya lo ves, dijo el viajero con voz sofocada. Supongo, Gabriel, que vendrás á hospedarte conmigo, tengo habitaciones encargadas.

—Ya sabes que no puedo: mi regla me prescribe vivir de la caridad.

Al oír esto, el desconocido lanzó al capuchino una mirada furiosa y gritando al cochero con ronco acento «¡Anda!» desapareció levantando polvo.

El capuchino inclinó la cabeza y de sus ojos expresivos se escapó una lágrima.

—Padre, preguntó Juan que había presenciado admirado aquella escena extraordinaria; ¿quién es ese recién venido?

—Es mi hermano, contestó el capuchino con acento conmovido.

—¡Hermano de usted, padre Gabriel! ¡Un señor que viaja con servidumbre y en silla de posta!

—Puede hacerlo. Es marqués y sumamente rico.

La admiración de Juan iba en aumento.

—Y ¿por qué siendo usted de familia opulenta y titulada le han obligado á hacerse capuchino?

—No me ha obligado nadie, contestó reposadamente el padre Gabriel. Yo elegí libremente el estado religioso contrariando los deseos de mis parientes, sobre todo de mi hermano mayor, que es el que acaba usted de ver, y que no ha querido nunca perdonarme el haber preferido el sayal á la opulencia. Es muy extraño que hoy haya consentido en reconocerme.

—¿Tiene familia?

—No, es soltero. No ha querido exponerse á legar á sus hijos la triste herencia que llevamos en la sangre. De una numerosa familia, sólo quedamos él y yo.

—¿De modo que es usted su único heredero?

—Ya sabe que yo no puedo ni quiero serlo, y eso es lo que más le irrita contra mí. Ha prohibido á un joven pariente, que es el que le acompaña, y que, por lo que veo, no esperará mucho tiempo la herencia.

El capuchino ahogó un suspiro al pronunciar estas últimas palabras.

—Pero, padre Gabriel, replicó Juan más y más asombrado; teniendo usted en su mano el ser un poderoso de la tierra ¿por qué se resigna voluntariamente á la humillación y á las privaciones de la pobreza?

—La pobreza, hijo mío, es un título de merecimiento, es el blasón más ilustre del reino de Dios. Ya estás viendo lo que es la vida. En ella es inevitable la cruz. ¡Dichosos los que la llevan voluntariamente por el amor de Jesucristo!

El capuchino calló. La vista y el estado de aquel hermano que amaba tiernamente y su brusca despedida habían conturbado su ánimo.

Juan se encontraba también agitado y apretaba involuntariamente el brazo de María, que le dirigía miradas furtivas impregnadas de amor y de esperanza.

VI

Aquella misma noche el padre Gabriel fué llamado á toda prisa por su hermano, que se hallaba en la agonía y permaneció á su lado.

En la tarde del siguiente día los dos esposos le vieron llegar jadeando por el camino que serpentea desde la aldea de Panticosa á los baños: venía de acompañar el cuerpo de su hermano al cementerio del pueblo.

Juan y María volaron á su encuentro. Las emociones y la fatiga le hubieran dado el aspecto de un cadáver, á no ser por el fuego dulce y tranquilo que resplandecía en sus ojos.

—¿Y bien, padre Gabriel? le preguntaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Todo se acabó, contestó el capuchino. Murió en mis brazos y esperó por la misericordia de Dios que no tardaremos en encontrarnos donde no nos separaremos nunca.

—No será tan pronto, padre Gabriel.

—Sí, muy pronto, hijos míos. Yo parto mañana al amanecer. Tengo que despedirme ahora de vosotros, porque las horas que me restan necesito dedicarlas al descanso y á la oración.

—¿Nos deja usted?

—Sí, voy á morir á mi convento entre mis hermanos. Siento que Dios me ha de dar fuerzas para llegar allí, á fin de que mis huesos reposen á la sombra de mi querido santuario.

—Bendígame usted, padre, dijo Juan, cayendo á los pies del santo capuchino con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Con toda mi alma! respondió el capuchino enterrecido. ¿Estás curado?

—Sí, padre mío, de alma y de cuerpo.

—¡Bendito sea Dios! exclamó María cayendo también trémula de gozo á los pies del padre Gabriel y estrechando una de sus manos que abrasaba la fiebre.

El padre Gabriel levantó la otra, y fijando sus ojos extasiados en el cielo, bendijo á los dos esposos.

C. SUÁREZ BRAVO.

Epístola (1)

DESDE las tristes márgenes del Sena, cubierto el cielo de apiñadas nubes, de nieve el suelo, y de tristeza el alma, salud te envía tu infeliz amigo, ¡á tí más feliz!... Y ni le arredra el temor de tocar la cruda llaga, que aun brota sangre, y de mirar tus ojos bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera si no llorara el hombre?... Yo mil veces he bendecido á Dios que nos dió el llanto para aliviar el corazón, cual vemos calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora: otros amigos fieles, de más saber y de mayor ventura, de la estoica virtud en tus oídos harán sonar la voz; yo que en el mundo del cáliz de amargura una vez y otra apuré hasta las heces, no hallé nunca más alivio al dolor que el dolor mismo; hasta que, ya cansada, sin aliento, luchando el alma y reluchando en vano, bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo crearás, caro amigo?... Llega un tiempo en que gastados del dolor los filos, ese afán, esa angustia, esa congoja, truécense al fin en plácida tristeza, y en ella absorta, embebecida el alma, repliégame en sí misma silenciosa, y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea: y yo otras veces lo dudé como tú; juzgaba eterna mi profunda aflicción, y grave insulto anunciarme que un tiempo fin tendría... y le tuvo: de Dios á los mortales es esta otra merced; que así tan sólo, entre tantas desdichas y miserias, sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues; da crédito á mis voces, y fíate de mí; ¿quién en el mundo compró tan caro el triste privilegio de hablar de la desdicha?... En tantos años, viste un día siquiera, un solo día,

(1) Esta epístola, dirigida al Excmo. Sr. Duque de Frias con ocasión de la muerte de su esposa, y el canto épico *Á Zaragoza*, fueron los que mayor fama dieron á Martínez de la Rosa, sin que por eso lograra colocarse en primera línea entre los poetas líricos. Quizás rayó más alto como poeta dramático, siendo feliz imitador de Moratín y Cienfuegos. Según la noticia que de la vida del mismo da el P. Blanco en su obra *La literatura española en el siglo XIX*, don Francisco Martínez de la Rosa nació en Granada el 10 de Marzo de 1787. A los veinte años desempeñaba una cátedra de filosofía moral, que abandonó por las agitaciones políticas al estallar la guerra de 1808. Enviado en comisión á Gibraltar y á Londres para obtener el concurso de Inglaterra en la lucha de España contra Napoleón, regresó á Cádiz en 1811, y representó á su ciudad natal en las Constituyentes de 1812. Desterrado á África por Fernando VII, diputado segunda vez en 1820 y representante de la reacción dentro del liberalismo, hubo de huir en 1823 á Francia, donde residió ocho años. La Reina Regente doña María Cristina le puso al frente del Gobierno en Marzo de 1834; Martínez de la Rosa publicó el *Estatuto Real* y abandonó el ministerio en Junio del año siguiente. Fué embajador de España en París (1839), y en Roma (1842-43), ministro de Estado con el gabinete Narváez, embajador de nuevo en Roma (1847-51), presidente del Congreso, secretario y presidente del Consejo de Estado, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia, falleciendo en Madrid el 7 de Febrero de 1862.

en que no me mirases vil juguete
de un destino fatal, cual débil caña
que el huracán arranca, y por los aires
la remonta un instante, y contra el suelo
la arroja luego y la revuelca impío?

Lo sé: contra los golpes de la suerte,
cuando sólo en nosotros los descarga,
el firme corazón opone escudo;
mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
que no he perdido nunca á quien amaba
más que á mi propia vida?... Si un momento
te da tregua el dolor, vuelve los ojos
á un huérfano infeliz, enfermo, triste,
solo en el mundo, sin tener ya apenas
á quien llorar... que á todos en la tumba
unos tras otros les hundió la muerte.
En la misma estación (¿ves? tu desgracia
ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
perdí una madre tierna, idolatrada,
mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
mi triste padre descendió á la tumba;
y abrazados bajaron, de consuno
pronunciando mi nombre, que á lo lejos
sonó en mi corazón, no en mis oídos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano:
la fatal losa á entrambos cobijaba;
y para colmo de pesar y angustia,
¡aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos
en tu grave aflicción... Aunque rebelde
se vuelva contra tí tu pena misma,
por fuerza has de escuchar mi voz severa,
que no aduló jamás á la fortuna,
ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia
hallaste mil consuelos, que la suerte
cruelmente me negó; viste á tu esposa
y la cuidaste en su dolencia extrema;
tú recibiste su postrer suspiro;
tú estrechaste su mano; tú la viste
tender á tí los brazos, y cual prenda
en los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondo
el puñal en tu pecho, renovando
ante tu vista la funesta imagen
de la noche fatal en que aun luchaba
la vida con la muerte... Ya sus penas
para siempre acabaron; ella misma,
vueltos al cielo los piadosos ojos,
se lo rogó en su angustia, y la esperanza
brilló al morir en su serena frente.

¡Oh! ¡si nos fuera dado del sepulcro
penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces
nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante en que lamentas
de tu mísera esposa el fatal hado,
¿quién te ha dicho, infeliz, que más dichosa
no esté gozando de eternal ventura?
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
dejas caer!... No calles, no, responde;
sondea, si te atreves, el abismo
que de tu amada esposa te separa;
cruza la eternidad, y luego dime
en dónde está, si es mísera ó dichosa,
si pide luto ó parabién.

No há mucho
(á tí contarle puedo; alegres otros
rieran ¡ay! de mi triste desvarío)
hallándome en la orilla encantadora
del mar Tirreno, la ciudad dejaba
madre de los placeres, y á Pompeya
la débil planta absorto dirigía...
Fuentes, jardines, quintas y palacios
á mis ojos brillaban; mas la mente
penetraba más hondo, y poco á poco
se iba estrechando el corazón... las flores
entre lava nacían; y esos pueblos
hoy ricos, florecientes, ocultaban
otros pueblos felices algún día,
labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
de la ciudad desierta, y ya anunciaban
que fué un tiempo morada de los hombres
los sepulcros que orlaban la ancha vía:
á su arrimo descansa el pasajero,
que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
á las puertas tocaba, y en su linde
el vacilante pie se detenía,
cual si temiese profanar osado
la mansión de los muertos.—Ni un acento,
ni una voz, ni un murmullo... hasta parece
que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
sin huella humana; pórticos y plazas
sin un solo viviente; en pie los muros;
desiertos los hogares; y en los templos
sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
el mundo ante mis ojos parecía
cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
asomaba á mis labios, recordando
la ambición de los hombres, y sus venganzas,
sus proyectos sin fin: un breve soplo
sus bienes y sus males como el humo
disipa; y la ceniza á cubrir basta
una inmensa ciudad cual leve polvo
cubre un vil hormiguero...

Así abismado

en tristes reflexiones, recorría
aquel vasto recinto silencioso,
cual una sombra vaga entre sepulcros;
los lazos que me ataban á la tierra,
aflojarse sentía; y libre el alma
lanzábase, dejando atrás los siglos,
al espacio sin límites... ¡Si vieras
lo que es la triste vida comparada
á aquella inmensidad! De cierto, amigo,
cuajadas en tus ojos quedarían
las copiosas lágrimas que viertes;
y en la tierra fijándolos, tú propio
allí vieras el término á los males,
el descanso y la paz, de que ya goza
la que tú lloras; tú que por el suelo
arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede
volvete unir á tu adorada esposa,
consagra á su memoria los instantes
que de ella ausente estés, y su recuerdo
tu corazón anime, y en tus labios
resuene siempre su apacible nombre...
¡Ni cómo de tu esposa olvidarías
el claro ingenio, el alma generosa,
la divina beldad; dotes preciados
que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hacia el opaco bosque
de cipreses y adelfas caminando,
pendiente de tu diestra una corona
de tristes siemprevivas; y los ojos
apenas alzas, descubrir temiendo
el monumento de perpetua pena
que de tu esposa las cenizas guarda...
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
tanto huérfano pobre y desvalido,
de que fué tierna madre, los que un día
su bondad y sus prendas admiraron,
en largas filas, silenciosos, mustios,
tus pasos lentamente van siguiendo,
y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
suyas las quejas y el confuso llanto
que interrumpen las fúnebres plegarias...
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
ni una flor que enviarte: que las flores
no nacen entre el hielo; y si naciesen,
sólo al tocarlas yo se marchitaran.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.



TOMANDO EL FRESCO EN VERANO
CUADRO DE L. G. NIGHTINGALE

Tapujo, Estropajo y Donald

CUENTO CÉLTICO

ERANSE dos colonos apodados respectivamente Tapujo y Estropajo. Ambos tenían muchas aves en sus corrales, mucho ganado en las tierras altas é innumerables vacas en la pradera, á lo largo del río. Sin embargo, no eran dichosos, porque entre las dos granjas que cultivaban había una mísera cabaña habitada por un infeliz llamado Donald, el cual poseía un pequeño prado que apenas le producía para alimentar su única vaca, Margarita, que literalmente estaba muriéndose de hambre, de modo que raras veces podía su amo sacar de ella una taza de leche ó una cucharada de manteca.

Sin duda pensaréis al oír esto que ningún motivo tenían los dos colonos para estar celosos de aquel cuitado; pero tal es la naturaleza humana, que cuanto más tenemos, más apetecemos, y así los vecinos de Donald pasaban muchas noches en vela, cavilando cómo podrían lograr apoderarse de su pequeño prado. En cuanto á Margarita, maldito si se acordaban de ella.

¿Para qué querían aquel saco de huesos?

Un día Tapujo encontró á Estropajo y pusieron al punto á conversar sobre su tema favorito.—¿Cómo lo haríamos para arrojar á ese maldito Donald de la comarca?

—¡Si matásemos á Margarita! exclamó Tapujo. Si esto no le hace tomar las de Villadiego, renuncio á verle partir de esta tierra.

Dicho y hecho. Aún no había cerrado la noche cuando los dos tunantes se encaramaron al cobertizo en donde la pobre vaca se hacía la ilusión de rumiar la hierba que no había comido. Cuando Donald fué á ver si estaba bien dispuesta para pasar la noche, el pobre animal no tuvo tiempo sino para lamerle la mano y exhaló el postrer aliento.

Pero Donald, que era muy listo, á pesar del disgusto que le causó este contratiempo, echóse á pensar qué partido podría sacar de aquella desgracia. Mucho rato estuvo meditándolo hasta que, al amanecer del día siguiente, salió de su choza cargado con el pellejo de Margarita y haciendo sonar en sus bolsillos las pocas monedas que poseía. Antes de llegar á la feria, á la cual iba dirigiéndose á buen paso, tiró varias cuchilladas al mencionado cuero poniendo un penique en cada una de las aberturas y luego fué á alojarse en la mejor posada de la ciudad, con tal desenfado que no parecía sino que acababa de entrar un millonario, colgando el pellejo de un clavo que vió en la pared junto á la mesa á la cual se había sentado.

—Traed el mejor aguardiente que tengáis, dijo con tono imperioso al posadero.

Y como éste no parecía hacer gran caso de sus palabras, añadió:

—¿Teméis por ventura que me falte dinero para pagaros? Perded cuidado, tengo aquí un pellejo de vaca que me proporciona todo el que necesito.

Así diciendo, golpeó el pellejo con el bastón y cayó un penique. El posadero abrió cada ojo como una puerta cochera.

—¿Cuánto queréis por ese pellejo? preguntó en el acto.

—¿Quién os ha dicho que está en venta? replicó malhumorado el muy bellaco de Donald.

—Os doy por él una pieza de oro, añadió el otro.

—Y yo os repito que no quiero venderlo, replicó haciendo que se enojaba el labriego. Ese pellejo es mi fortuna.

Así diciendo, sacudióle otro palo y cayó otro penique.

Por acabar de una vez, allí dejó Donald el prodigioso pellejo. Aquella misma noche fué á llamar á la puerta del codicioso Tapujo.

—Buenas noches, Tapujo, exclamó en cuanto le abrió la puerta, ¿podrías prestarme unas buenas balanzas?

Tapujo le miró con ojos atónitos, pero le prestó las mejores balanzas que tenía. En cuanto estuvo Donald en su cabaña sacó del bolsillo sus monedas de oro y empezó á pesarlas. Tapujo había puesto un poco de manteca en el fondo del platillo y cuando Donald devolvió las balanzas había quedado pegada en él una moneda de oro.

Con esto subió de punto el asombro de Tapujo, el cual, no bien hubo vuelto Donald las espaldas corrió á casa de Estropajo y díjole:

—Pásmate, amigo mío, ese tunante de Donald ha encontrado un tesoro.

—¡Qué me cuentas!

—Lo que oyes. Ha llegado de no sé dónde con unas talegas repletas de oro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me ha pedido unas balanzas para pesarlo y ha quedado una moneda pegada al platillo. Mirala.

Sin pérdida de momento fueron los dos camaradas á llamar á la puerta de Donald, el cual precisamente estaba acabando de apilar sus monedas echando de menos la que había quedado en la balanza. Metiéronse de rondón en la cabaña sin esperar la venia de su dueño, el cual les recibió con mucho agrado, diciéndoles:

—Buenas noches, amigos míos. Quisisteis jugarme una mala pasada y ¡vive Dios! que no sois capaces de hacerme un obsequio más señalado en vuestros días. Cuando encontré muerta á mi pobre Margarita, dije para mi sayo: he de ver si me dan algunos cuartos por su pellejo. Fuí al mercado y resultó que valía más oro que pesaba.

Miráronse los dos visitantes haciéndose una seña de inteligencia y despidiéronse de Donald con sumo afecto.

Al día siguiente no quedaba una vaca ni una ternera en las granjas de los dos codiciosos camaradas, que, con los pellejos de las sacrificadas reses, llenaron el carro mayor de Estropajo, unciendo á él los dos caballos más robustos que tenían.

En cuanto llegaron á la feria, cada uno de ellos cargó con un pellejo poniéndose á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Cueros! ¿quién compra?

Acercóseles un curtidor y preguntóles:

—¿A qué precio los vendéis?

—A peso de oro.

—Temprano se os ha subido el mosto á la cabeza, respondió el curtidor volviéndoles las espaldas.

—¡Cueros! ¿quién compra? seguían gritando ellos.

Salió de su tienda un zapatero remendón y preguntóles:

—¿A qué precio los vendéis?

—A peso de oro, respondieron.

Sulfuróse el zapatero y largó á Tapujo un bofetón que le hizo ver las estrellas en mitad del día, diciendo:

—De mí nadie se burla.

Tapujo puso el grito en el cielo. Estropajo increpaba al violento maestro de obra prima, éste vociferaba como un energúmeno, y al oír tal concierto de voces desahoradas acudió la gente en tropel, para enterarse de la causa de aquel bullicio.

—¿Qué ha de ser? respondía muy enojado el zapatero;

ese par de borrachos que andan por ahí burlándose del pueblo con la pretensión de venderle á peso de oro unos cueros que traen.

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos! gritó en esto saliendo de la posada un hombre muy obeso que, queriendo correr, bufaba como una foca; apostaría que el uno de ellos es el tunante que ayer me timó 30 monedas de oro por un cuero que no vale 3 ochavos.

Tras esto llovió sobre los dos cuitados tal diluvio de mojicones y puntapiés que hubieron de echar á correr como alma que lleva el diablo, sin poder detenerse un momento, porque todos los perros del pueblo iban en pos de ellos mordiéndoles los talones azuzados por la gritería de la irritada muchedumbre.

Ya podéis figuraros cuánto contribuiría esta desagradable aventura á aumentar la ojeriza que tenían á su malicioso vecino.

Cuando éste les vió llegar llorando á lágrima viva, con los sombreros apabullados, los vestidos hechos jirones y los rostros llenos de cardenales, preguntóles con interés:

—¿Qué os ha pasado, amigos míos? ¿habéis tenido una reyerta ú os ha apaleado la policía?

—Buen polizonte estás tú, que nos has engañado causándonos un disgusto con tus embustes.

—¡Yo! exclamó con cándido asombro el astuto labriego, ¿por ventura no visteis el oro con vuestros propios ojos?

Pero ellos no estaban de humor para discusiones. Cogieron á Donald, metieronle en un saco de harina vacío que casualmente estaba sobre la mesa, lo ataron suspendiéndole de un palo que cargaron sobre sus hombros y echaron á andar hacia el Lago Oscuro.

La distancia era muy larga, el camino estaba lleno de polvo y Tapujo y Estropajo rendidos de cansancio. Por último, viendo un mesón junto á la carretera, díjole Tapujo á su compañero:

—Entremos ahí, estoy muy cansado y tengo una sed que me abrasa.

Estropajo participaba en un todo de sus sentimientos. En cuanto á Donald, nadie se cuidó de pedirle su parecer, dejándole sus raptos arrojados á la puerta cual si fuera un saco de patatas.

—Ahí te quedas, grandísimo canalla, díjole Estropajo; aguarda y verás.

Donald no respondió, mas al cabo de un rato, oyendo el choque de los vasos y la voz de Tapujo cantando que se las pelaba púsose á gritar:

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero!

Pero nadie prestaba atención á sus palabras.

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero! repitió Donald esforzando la voz.

Mas nadie se fijó en sus gritos.

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero! repitió Donald vociferando con todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que no quieres? preguntó un colono que acertó á pasar por su lado con una manada de vacas.

—La hija del Rey. Me están fastidiando empeñados en que me he de casar con ella quieras que no.

—¿Y eso os apura? Ya quisiera yo encontrarme en vuestro lugar.

—Claro está que os gustaría casaros con una princesa cubierta de oro y pedrerías.

—¡Pedrerías! exclamó el rústico deslumbrado cual si las estuviera viendo. ¿No podríais llevarme en vuestra compañía?

—Veo que sois un buen hombre, y como yo no quiero

casarme con la princesa, aunque es hermosa como el sol y está cubierta de pies á cabeza de perlas y piedras preciosas, os cedo gustoso mi puesto. Deshaced el nudo de este saco en que me han aprisionado para impedir mi fuga.

Obedecióle el rústico, salió Donald del saco y metióse en él su sustituto, á quien dijo el muy bellaco:

—Ahora estaos quieto y no hagáis caso de las sacudidas que experimentéis por el camino, que pronto llegaréis á las gradas del palacio. No hagáis caso de los improperios que os dirijan por el camino, pues están muy enojados conmigo porque desprecio la mano de la princesa. Vaya, no podéis quejaros de mí, que os procuro un buen negocio.

—Tomad en cambio mis vacas, respondió el otro enternecido por tanta bondad.

Ya comprenderéis que á Donald no se le cocía el pan hasta verse lejos de la posada y que tan pronto como hubo metido en el saco al incauto colono salió de ella más que de prisa llevando por delante las vacas á tan poca costa adquiridas.

Al cabo de un rato salieron sus raptos del comedor, cargaron con el saco y dijo Tapujo:

—¿Sabes que me parece que ha engordado ese tuno? ¡Cuerpo de Dios y cómo pesa! ni que fuera de hierro.

—No te apures, repuso Estropajo, el Lago Oscuro no dista mucho de aquí.

—¡Ya la quiero! ¡Ya la quiero! voceó el colono desde el fondo del saco.

—¡La tendrás, hombre, la tendrás! replicó Tapujo dándole un palo.

—¡Ya la quiero! ¡Ya la quiero! repitió el colono con voz más fuerte y espantada.

—Vaya, ya hemos llegado, dijo por último Estropajo. Y arrojaron el saco al lago.

—No volverás á alabarte de haberte burlado de nosotros, exclamó Tapujo.

—Amigo Donald, añadió Estropajo, en mal hora viniste á pedirme las balanzas.

Tras esto fuéronse muy contentos para sus casas, creyendo haber acabado para siempre con su odiado vecino. ¡Cuál no fué su sorpresa al verle á pocos pasos de su cabaña rodeado de sus vacas paciando la hierba del prado y retozando muy alegre!

—¡Cómo! ¿Sois vos, Donald? Habéis vuelto más de prisa que nosotros, le dijeron llenos de asombro.

—Permitid, Estropajo, que os dé las gracias por el bien que me hicisteis: la intención era mala, pero el resultado del viaje ha sido para mí excelente. Ya habréis oído como yo que el Lago Oscuro conduce á la Tierra de Promisión. Aunque algunas veces os haya engañado, ahora podéis creerme, porque tenéis la prueba ante vuestros ojos. ¿Qué os parecen estas vacas?

Miróle Tapujo maravillado, y Estropajo quedóse con tanta boca abierta, pues en efecto eran unas reses soberbias.

—Pues mirad, aún me he llevado las peores, dijo el pícaro de Donald; las otras estaban tan gordas que apenas podían andar y no había medio de hacerlas llegar hasta aquí en un año. No es de extrañar. ¡Si vieseis qué prados aquellos, qué hierba más dulce y jugosa! ¡Si parece manteca!

—Oye, Donald, dijo entusiasmado Estropajo, ya sabes que siempre hemos sido amigos. Tú eres un buen muchacho y vas á enseñarnos el camino de ese país maravilloso.

—¿De veras? ¿Y por qué no he de guardar para mí ese magnífico ganado que allí queda?

—Bien dicen los que dicen que la riqueza endurece el corazón. Ea, vecinito, ¿qué harás de tanta opulencia? ¿No vale más que todos seamos dichosos?

—Mira, Tapujo, no debiera yo hacerlo si recordase vuestro comportamiento conmigo; mas para que veáis que soy generoso, voy á acompañaros á esa tierra de Jauja.

Diciendo y haciendo echó á andar y siguiéronle sus vecinos apretando el paso estimulados por la codicia. Cuando llegaron á la orilla del lago, el cielo estaba cubierto de blancas nubecillas que se reflejaban en las aguas.

—Miradlas, exclamó Donald señalando las ondas del lago. Ahí las tenéis.

—¿En dónde? preguntó Tapujo.

—Aguárdame, codicioso, gritó Estropajo.

Y ambos se precipitaron de un salto en el abismo.

Este no devolvió su presa. Es de creer que el agua que sorbieron debió de engordarles como las ambicionadas vacas que fueron causa de su desventura.

Donald, en cambio, vivió muchos años contento y tranquilo y rodeado de numerosos rebaños.

Traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSEF JACOBS, por JOSÉ COROLEU.

NUESTROS GRABADOS

Haciendo el tema

DIBUJO DE CARLOS FRÖSCHEL

Mírese cuán atentamente escribe la linda niña dibujada por el artista alemán Carlos Fröschel. Toda su alma pone en el papel para que le salga sin errores el tema que está haciendo para la escuela, en una mesita estudiantil. En el rostro de la jovencita está pintada de una manera cabal la atención con que lleva á cabo su tarea. La actitud encanta por lo natural y verdadera. Aplicada tiene que ser la niña que le sirvió de modelo á Fröschel y juiciosa también como lo revela su hermosa cabecita, en la cual parece que han hecho ya asiento los pensamientos serios, convirtiéndola á la niña en mujercita que comprende la importancia del estudio para utilizarlo luego en la casa y ser una hija hacendosa primero y una perfecta casada más adelante. Por el asunto es, pues, en alto grado simpático este dibujo, y como trabajo artístico quizás se le adelanta todavía, porque admira en él la facilidad con que lo trazó el lápiz del artista, la donosura de la línea y la distinción que se advierte en todo.

Tomando el fresco en verano

CUADRO DE L. C. NICHTINGALE

Siéntese la imaginación, al contemplar esta dichosa pintura, transportada á uno de esos días de verano en que tras de calor intenso, empieza á soplar un airecillo fresco que apenas agita las hojas, que ni á rizar llega la superficie del lago, pero que conforta y vigoriza el cuerpo y templá asimismo el alma. El aroma de las plantas al caer de la tarde completa la suave impresión que en los sentidos causa la atmósfera halagadora de un día de verano. Nada se mueve, nada turba la especie de ensueño en que se mece, al casi insensible cunco de la barquita, la elegante dama que momentos antes ha tenido que resguardarse de los rayos del sol con la sombrilla japonesa que ahora deja caer indolentemente. Sólo los blancos cisnes, las poéticas aves de las leyendas del Norte, surcan el agua cabe la barquilla, y al hacerlo mueven un manso ruido que hace resaltar todavía más la quietud del sitio y de la hora. Árboles en flor esparcen su aroma para recrear más los sentidos, y sus bonitas líneas embelesan la vista y despiertan en la inteligencia el sentimiento de lo bello, manantial de goces purísimos en la vida. Todo esto en mayor ó menor grado, hubo de experimentar el pintor inglés Nightingale, cuyo apellido significa ya «ruiseñor» al concebir el asunto de su interesante cuadro y al desarrollarlo con la maestría que revela en todos sus pormenores. Es una pintura basada en la realidad, pues de fijo el artista sacó del natural el lugar de la escena, mas la inspiración delicada que en ella domina, el sentimiento exquisito que respira, no la sacó de la realidad sino de su alma de poeta que le elevó á los espacios ideales, á las serenas regiones en donde impera el verdadero arte. Estudió en la naturaleza, pero la poesía dirigió su pincel, y que hay poesía en el cuadro que reproducimos, lo proclamará quien lo contemple y no tenga el corazón cerrado á los inefables goces que procura al hombre el apartarse de la bajeza terrenal para remontarse á las regiones de que hablamos en los anteriores párrafos.

La ópera

Un buen hombre, natural de Pastriz, de donde apenas si había salido, estuvo un invierno en Zaragoza y asistió á la representación de varias óperas italianas del repertorio que pudiéramos llamar de provincias.

Para dar á su familia y amigos una idea de este género de espectáculo, así se explicaba cierta noche sentado bajo



la campana del hogar, al amor de la lumbre, y acompañado de los ronquidos del gato y del puchero donde cocía la cena:

—Á mí me gusta el cantar tanto como el primero, pero ya tanto, tanto, enfada.

En la ópera too es cantao, lo mesmo si tienen que reir



como si tienen que llorar ú morir, too lo hacen cantando al compás de una música de violines grandes y pequeños, y de instrumentos de toda clase, menos guitarras, bandurrias y panderetas.

Cantan en latín, me paice que me dijeron, por eso me quedé en ayunas, porque el latín lo entiendo malejamente.

Lo que sí es cierto y verdad, es que toas las óperas tienen el mesmo fundamento, sobre poco más ó menos. Allí sale uno que le llaman el tinor y se enamora de la voz de la tiple; el barítono lo toma á mal y no quiere que canten coplas á dúo; el bajo casi siempre está del lado de la tiple; y los coros, ya sabéis lo que pasa cuando se reune mucha gente, son unas veces de uno y otras del otro; del último que las canta, como hacemos aquí en el pueblo cuando las elecciones.

La tiple es una moza guapetona, con una voz muy fina, y tiene la albeliá de hacer con la garganta unos chirridos lo mesmo que la puerta del corral cuando se abre. Sale de blanco con la cola arrastras, y para que no se la enganche al pasar por la puerta, se ve una mano que se la coge. Nunca sale á las tablas si antes no se la llama con reclamo. El reclamo para hacerla salir consiste en un solo de arpa ó de flauta. No tocando uno de estos dos enstrumentos no sale ni á empujones.

Al salir mira pa todos lados, como los gatos cuando entran en una habitación por primera vez, y echa á cantar, se conoce que para que la oiga su cortejo.



El tinor es siempre el más señorítico de la compañía, y tiene una voz fresca como la del Royo del rabal de Zaragoza.

Lo mesmo en verano que en invierno, anda de capa y sombrero, pero no canta con estas prendas puestas así lo maten.

Lo primero que hace al salir, es quitarse la capa, y buscar una percha por todo el escenario y, como no la encuentra, la deja en el santo suelo, expuesta á que se la quiten ó, si es de noche, á no encontrarla ó coger una pulmonía. Luego se quita el sombrero y lo deja sobre la capa, pero too muy despacico como si no le importara nada de la tiple que le espera allí en medio. Se pasa la mano por la frente, se arregla el pelo, mira pa toos lados y se agarra á las manos de la tiple.

Empiezan á cantar muy flojico, pero luego gritan tanto que el barítono, que está siempre á la retentiva, sale con cuatro soldados y un cabo y me los pilla como á dos pajarricos.

El barítono es el más guapetón y fachendoso de todos, con el pelo como una escarola y su barba en punta. Tiene una manerica de andar como el gallo nuestro y, cuando se para, se queda con un pie en el suelo y otro casi en el aire como las grullas.

Como ya sus hi dicho, es el que no oye con buenos oídos las coplas de la tiple ú del tinor, y se empeña en convencer á la tiple de que tiene mejor voz que el otro.



Es hombre de muchos pares de mulas y de gran influencia, porque siempre tiene á su disposición la fuerza armada pa pillar al tinor y cortarle la cabeza, afusilarlo ó darle jicarazo.



El bajo, como es el más viejo, hace de hombre bueno, y con las mejores palabras quiere poner paz, pero no lo consigue, pues el barítono y el tinor no dan su brazo á torcer.

Viste de negro, y gasta peluquín y barbas de cáñamo.

Los coros son muy considerados y tienen muchas atenciones con la tiple, el tinor, el barítono y el bajo; siempre que alguno de éstos ha de cantar le forman corro y lo dejan en medio pa que esté más ancho y cante más á gusto.

En el último acto sale muy poca gente.

No sale más que el tinor ó la tiple á morirse.

Y, miá tú lo que son las óperas, cuanto pior están de salú más fuerte cantan, hasta que echan un grito que ya no pueden más y dan la voltereta como un conejo.

Si es la tiple la que le toca morir, antes de caer se desata el moño y se queda con el pelo extendido.

Después cae el telón despacico, la música arrea unos cuantos lampreazos á too vapor; el de la batuta echa los

brazos y las piernas por el aire; guardan los atriles y las



solfas, y cada músico se va á su casa con el instrumento debajo del brazo, metido en un saco verde.

MELITÓN GONZÁLEZ.

Mesa revuelta

Entre los romanos se llamaba *plagiario* al que robaba los hijos ó esclavos de otro. En sentido figurado se llama *plagiario* en nuestros tiempos al que roba á otro sus pensamientos, que en el orden moral son también hijos ó esclavos. Generalmente se cree que este feo vicio es defecto exclusivo de literatos y poetas; mas hoy, merced á la intervención de la prensa periódica en todos los asuntos, y á su asombrosa propagación, el plagio se ha hecho general. El periodista practica en grande escala y sin rebozo la máxima de Molière, quien decía, excusando sus latrocinios literarios: *je prends mon bien où je le trouve*, con lo cual sentaba el principio de la comunidad de bienes en el dominio de las ideas. Hoy que todo el mundo se ha echado á politiquer y á pronunciar brindis y discursos, no hay brindis ni discurso que no sea una capa de estudiante confeccionada con retazos de otros brindis, discursos y artículos de periódicos que ya se confeccionaron por el mismo procedimiento. Esto no es plagiar sino coto-rear, repetir sartas de palabras aprendidas de memoria sin conocer su verdadero significado, y aplicándolas generalmente á ojo de buen cubero.

Entre los políticos la cosa viene de lejos: nuestros oradores del año 1810, del 1820 y del 34 para acá, apenas hicieron otra cosa que plagiar á los oradores franceses, quienes á su vez habían plagiado á los griegos y á los romanos. Es preciso reconocer, no obstante, que nuestros padres lo hacían con más ingenio y más gracia que se hace en nuestros días, y que entonces les excusaba la afición general á la declamación y á las figuras retóricas, hoy pasadas de moda. Y no eran sólo los oradores de tercera y cuarta fila los que incurrían en el pecado de plagio, sino también, y muy particularmente, los de primera. Si los oradores del tiempo de la Revolución francesa reclamaran lo que les pertenece á nuestro don Joaquín María López, el insigne tribuno se quedara como el grajo de la fábula. Muchos podríamos citar que incurrieron en igual falta; pero, para no ser pesado, nos limitaremos á dos, que fueron astros de primera magnitud en sus respectivos partidos.

En 1834, cuando don Carlos de Borbón penetró en España después de escaparse clandestinamente de Ingla-

terra, los más optimistas del partido de la Reina comprendieron que aquel suceso iba á dar nuevos bríos á sus contrarios. Martínez de la Rosa, presidente del Consejo, para quitar importancia al asunto dijo en el Parlamento: «Don Carlos en España es sólo *un faccioso más*.» Esta frase se considera plagio de otra muy parecida que se atribuye al conde de Artois, cuando la vuelta de los Borbones á Francia en 1815. M. de Vaulabelle explica el caso en los siguientes términos:

«El *Monitor* del día 13 debía publicar la relación oficial de la entrada del príncipe y el texto de los discursos pronunciados con este motivo. Este trabajo correspondía á M. de Beugnot, ministro interino del Interior, y, como tal, encargado de la dirección de la policía y de la prensa. M. de Tayllerand le envió copia de la frase inventada por él. Como el conde de Artois no había pronunciado más que algunas palabras sin ilación, era imposible recordar su respuesta, pero se necesitaba una para los periódicos y para el público. «Inventadla,» le dijo el príncipe de Benevento al ministro. Éste puso manos á la obra y redactó una especie de discurso, del cual borró la mayor parte, no dejando más que el final. Al día siguiente se leía en el *Monitor*:

«He aquí, á poca diferencia, lo que se ha retenido de la contestación de *Monseñor* al discurso del príncipe de Benevento:

«Señores miembros del gobierno provisional: doy gracias á ustedes por todo cuanto han hecho por la patria. La emoción que me embarga me priva de expresar lo mucho que siento. No más divisiones: ¡la paz y la Francia ante todo! Hoy que vuelvo á verla en nada la encuentro cambiada sino es que hay en ella *un francés más*.»

Como se ve, este es el origen indudable de la frase del señor Martínez de la Rosa, bien que éste le diera distinta aplicación.

Una célebre frase del jefe de los progresistas, don Salustiano de Olózaga, que tuvo gran resonancia en la historia contemporánea, tiene el mismo origen francés. Pocos españoles de alguna edad habrán olvidado que el 20 de Mayo de 1843, el señor Olózaga, en el final de un discurso de ruda oposición al gobierno del general Espartero, terminó con la siguiente frase: «¡Dios salve al país; Dios salve á la Reina!» Por este motivo durante muchos años se le llamó irónicamente *el hombre de la sabe*: prescindiendo de esta inocente ironía, es indudable que aquellas palabras precipitaron la caída de Espartero. Pues bien, la célebre frase no es más que la traducción casi literal del título de un artículo de Mr. Esteban Béquet en el *Diario de los Debates* que contribuyó á la revolución de Julio de 1830. Aquel título se repetía también al final del artículo, y dice literalmente: *Malheureuse France; malheureux roi.*»

* * *

Ahora que tanto se estila decorar con mármoles gran número de muebles como asimismo las portadas de las tiendas, aparadores, salones y casi todos los establecimientos públicos, y que no escasean en los mármoles los dorados, tanto para fondos de letras como para todo género de dibujos, creemos muy del caso dar á conocer un sencillo procedimiento para dorar esta hermosa piedra.

Para dorar el mármol, se toma un pedazo de bol de Armenia, lo más fino posible; se le muele, mezclándole con aceite de linaza secante; se unta con la mezcla el sitio que se desea dorar, y antes de que la capa se haya secado, se pone el oro sobre ella, el cual se adapta y se adhiere de una manera permanente.

Una revista profesional dice que para aliviar el dolor de muelas, da muy buen resultado introducir en la caries un algodón impregnado en caliente con un líquido compuesto de

- Cera blanca ó esperma de ballena. 20 gramos.
- Ácido fénico cristalizado. 10 »
- Hidrato de cloral. 10 »

que se derriten bajo la acción de un calor suave. En este líquido se introduce algodón en rama para empaparlo, luego se deja secar y de él se hacen las bolitas para introducir las calientes en las muelas dañadas.

Querer persuadir y mover con un mismo discurso á personas de diferente edad, educación, estado y sexo, es querer abrir todas las puertas con una misma llave.—
PETIT SENN.

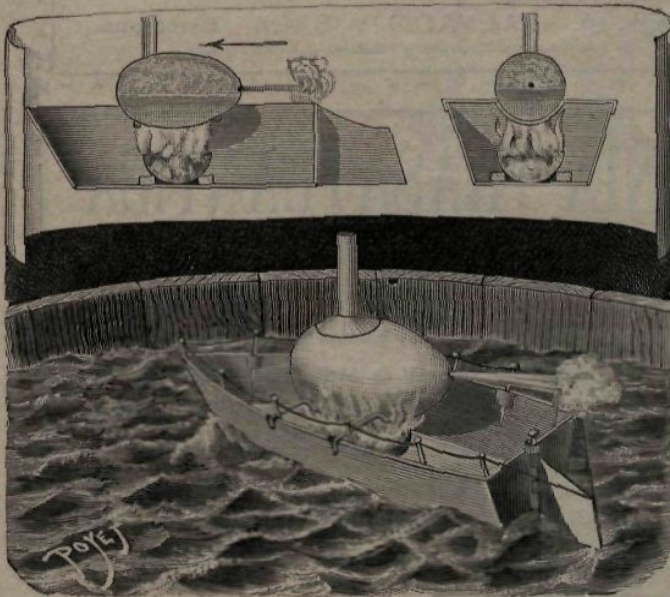
Una revolución es la demencia de muchos en provecho personal de unos pocos.—***

La felicidad es rara, porque pocos hombres saben encontrarla donde se halla, que es en el deber, en los afectos de familia y de la amistad, en la beneficencia y en el estudio. La mayor parte de los que se dicen desgraciados, no son más que verdaderos ingratos con la Providencia.—
V. DE LATENA.

Recreos instructivos

UN NUEVO ACORAZADO

Puede construirse con poquísimo dispendio y sin necesidad de vastos astilleros: las primeras materias cierto que vienen de lejos, pero están al alcance de todo el mundo. Con cartulina bristol bien fuerte se construye una



pequeña embarcación sólidamente adherida en sus ángulos con lacre: varios alfileres unidos con un cordoncillo negro figurarán la barandilla: puede ponerse alrededor del que constituye la caña del timón, una paleta movable para que el nuevo aparato náutico pueda tomar todos los rumbos que se quiera y moverse en el agua con cierta gracia verdaderamente ictiológica.

En el centro de gravedad del fondo de la nave se fijan dos pequeños soportes de madera ligera, y encima de ellos se coloca media cáscara de huevo, conteniendo una esponjita impregnada de alcohol.

Encima de ese fogón, y apoyada sobre dos alambres perpendiculares á las bandas del navío, se encaja una cáscara de huevo, entera, vaciando antes su contenido por un agujerito practicado en el polo menor del esferoide animal, según puede verse en el grabado: en el polo opuesto un cañón de pluma, fijado con goma y papel de seda, simula una chimenea para completar la ilusión, pero esa chimenea es puramente decorativa, como los perros de *fayence*.

Llénase de agua el huevo por el agujerito, sin que el nivel alcance la altura del orificio, y se enciende el fogón, suponiendo ya figurado el Océano y sus olas por el agua de una cubeta grande; desarrollándose el vapor rápidamente en el alvéolo del huevo, llena la cavidad superior, y no encontrando otra salida que la del orificio, es expelido con fuerza, y por efecto del retroceso de ese impulso, la nave anda. Ya se ve que el acorazado no puede causar grandes destrozos, y además está desprovisto de artillería, pero ésta puede suplirse con pequeños cañones de pluma, colocados sobre cureñas microscópicas á babor y estribor por la parte de la popa.

Este juego es muy sencillo y de un agradable efecto, sobre todo si no se descuida ningún detalle; para evitar que se calienten demasiado las paredes de la nave, se pueden revestir interiormente de una capa de disolución de alumbre que la hace incombustible; y si se desbaratan las calderas, cámbiense pronto por otras, que en el gallinero hay establecida una calderería fina, barata y continua.—
JULIÁN.

Solución á la charada anterior:
MA-RI-NE-RO

Solución al logogrifo:
MAR. « MARABÚ, » AMAR, RAMA, BU, BU-AMAMA

Soluciones á los cuadros de líneas:

S O T E R O
T E S O R O

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de hombre	
4	2	3	9	6	7	8	2		» de mujer	
1	2	3	7	2	8	9			» de varón	
			3	2	1	7	3	9	» de varón	
				6	7	3	7	9	» de flor	
					6	7	8	9	» de varón	
							9	3	9	» de metal
								3	5	Nota musical
									8	Consonante

Comunicado por D. LUIS RIVÉ, de Reus.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondientes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



El aperitivo de más confianza son seguramente las PÍLDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave e igualmente tan eficaz. La favorita son las

Píldoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Píldora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia



Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tomese las Píldoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traductores en Medicinas.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
DE
FÉCAMP
—
LICOR
EXQUISITO et DIGESTIVO
SIN RIVAL



DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

CRISTÓBAL COLÓN

POR D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios blandones, hechas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATOLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Gercina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteáticas y transparentes, blancas y en

colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteéricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y examinará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.